

# EL LUGAR DONDE AÚN TE RECUERDO

"A todos los que aman, incluso cuando la memoria se queda atrás!"

Mi abuelo siempre oía a sopa de arroz y a madera templada, como esas cocinas antiguas donde el tiempo se mueve más lento. Cuando era pequeño, me decía que los recuerdos no se pierden nunca, que simplemente se esconden. Yo le creí. Porque él lo recordaba todo: los nombres de los clientes de su bar, los goles del Barça, la manera exacta en la que la abuela hacía la tortilla de patata.

Pero un día, sin que nadie lo notara al principio, la memoria empezó a deshilacharse. No se rompió de golpe; se fue saltando hilo a hilo, como una bufanda vieja.

El primer olvido fue casi gracioso: un martes cualquiera me llamó para preguntarme si era domingo. Le dije que no, que aún faltaban días para misa. Él rió, aunque su risa tuvo un pequeño temblor que me inquietó. Después vino otro olvido, y otro. Y, para cuando quisimos darnos cuenta, ya no eran despistes, eran grietas.

Aún así, mi abuelo seguía siendo él. Cada noche se sentaba en la mesa, esperando la sopa de arroz que mi abuela le preparaba desde hacía décadas. Ella no fallaba, aunque estuviera cansada. Decía que parte de querer a alguien consistía en sostenerle las rutinas cuando las suyas empezaban a aflojar.

A veces, él probaba la sopa, sonreía y decía:

- No hay nada como esto.
- Claro - respondía mi abuela -, lo hago igual desde que nos casamos.

Él asentía, orgulloso, aunque algunos días ya no recordaba aquel matrimonio tan largo como una vida entera.

Y cada tarde veía fútbol, aunque ya no supiera exactamente quién jugaba.

Una vez su equipo metió gol y él no reaccionó.

- ¿No lo celebras? - Le pregunté.

Parpadeó.

- ¿Hemos marcado?

Aquello no era él.

MI ABUELO TAMBIÉN ERA CREGENTE, DE LOS DE VERDAD. SU VIDA TENÍA DOS PILARES: LA MISA DIARIA Y EL BAR QUE HABÍA CREADO CON MI ABUELA DURANTE AÑOS. A VECES LO ACOMPAÑABA A LA IGLESIA; ÉL PASABA EL CESTILLO CON LA MISMA ELEGANCIA CON LA QUE SERVÍA LOS CAFÉS.

- Retá por mí, peque - me decía luego - que yo ya no me acuerdo de qué tengo que pedir.

Lo decía riendo, pero sus ojos parecían apagarse un poco cada día.

Una tarde, mientras hacía los deberes en el salón, apareció con una visera en la mano.

- Te la compré hace poco, ¿te acuerdas?

Yo asentí.

Pero luego entendí que no me la estaba enseñando a mí. Se la estaba mostrando a él mismo, como quien intenta encajar una pieza perdida.

Los días se volvieron raros, confundía las cucharas con las llaves, el azúcar con la sal. A veces llamaba "mi niña" a mi madre y luego me preguntaba en voz baja quién era. Algunas mañanas se despertaba temprano, se vestía para ir a misa y se quedaba parado frente a la puerta sin saber hacia donde caminar.

Mi abuela decía que había que tener mucha paciencia. Que el olvido no era culpa suya, que uno no elige las grietas por donde se rompe.

Una noche, mientras cenábamos, metió la cuchara en el cuenco y se quedó quieto.

- ¿Quién ha hecho esta sopa tan rica? - preguntó.

Mi abuela se quedó helada.

- Siempre la he hecho yo - dijo muy despacio.

Él bajó la cabeza, confundido.

- Ah... pues está muy buena.

Yo le agarré la mano.

- Está buenísima, abuelo. Sabe a casa.

Y él sonrió, aunque sin saber del todo por qué.

Un día me llamó a su habitación. Estaba sentado en la cama con una caja de madera entre las manos.

- Ayúdame - me pidió.

Dentro había fotos de su bar, de mi abuela joven, de él sujetando vasos como si fueran piezas de tesoro.

- Quiero recordar estos momentos - dijo - pero...

Se tocó la sien.

- Aquí dentro ya no se quedan quietos.

Entonces decidí hacer algo.

Cogí una libreta y la titulé "Las cosas que no quiero que se te escapen".

Cada día anotaba un recuerdo.

A veces él lo leía con atención; otras lo olvidaba al instante. Pero siempre sonreía al abrir la libreta, como si reconociera que aquello le pertenecía aunque no supiera exactamente por qué.

Pasaron meses.

Y un día durante un partido del Barça ocurrió algo inesperado.

El equipo metió gol y él, en lugar de quedarse quieto, se levantó de golpe.  
Alzó los brazos.

- ¡Gol! - gritó, con la emoción de antes.

Yo me quedé mirándolo, con lágrimas.  
Duró diez segundos. Después se sentó.

- ¿Quién ha marcado? - preguntó.

Pero esos diez segundos valieron oro.

El grial llegó en invierno, cuando el frío hace que todo suene más hueco.

En su mesilla estaba la libreta.

Abierta.

Le faltaba una página avanzada con cuidado.

La encontré doblada bajo la almohada.

La abrí.

En su letra temblorosa ponía:

" Si un día ya no sé quién soy,  
dime tú quién he sido.  
Y así, aunque me apague,  
seguiré brillando un poco "

La apreté contra mi pecho.

Y comprendí que, aunque su memoria se hubiera ido deshilachando hilo a hilo, había algo que nunca se rompió:

El amor que dejó con nosotros.

Porque hay recuerdos que no se olvidan...  
pero hay personas que nunca desaparecen.